

TIJUANA DE DÍA
Y DE NOCHE
CRÓNICAS URBANAS

MELINA AMAO
NANCY BONILLA
YOHANNA JARAMILLO
JUAN ALBERTO APODACA
MARCO TULIO CASTRO
JHONNATAN CURIEL

KODAMA 
CARTONERA

TIJUANA - BC - MX

2010

Tijuana de día y de noche. Crónicas urbanas

(CC) M. Amao, J. A. Apodaca, N. Bonilla, M. T. Castro,
J. Curiel y Y. Jaramillo.

Kodama Cartonera

Tijuana, B.C., 2010

Fotos: J. A. Apodaca (pp. 21 y 22), Dalia Chávez (pp. 8 y 10),
Erick Jaimes (pp. 28 y 29) y Crystal Pérez (pp. 14, 25 y 26).
Las fotos de las pp. 13 y 17 son propiedad de sus respectivos
autores.

Edición y diseño: MEXA

Ilustración de portada: Tala Wakanda

Logo: Eduardo Beltrán Soriano, a partir de un personaje de
Mononoke Hime (Dir. Hayao Miyazaki) © 1999 Studio Ghibli

Los kodama son espíritus del bosque en la mitología japonesa. Su nombre puede significar “eco”, “espíritu de árbol”, “bola pequeña” o “pequeño espíritu”. En la película de Miyazaki, los kodama sólo se manifiestan cuando el bosque es puro y, al ser contaminado por el hombre, mueren y caen de los árboles como hojas fantasmas.

Esta obra está protegida bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.5 México. Algunos derechos reservados.



Cuando José Juan Tablada escribió las crónicas de sus columnas “Nueva York de día y de noche” y “México de día y de noche”, lo hacía para comunicarse con miembros de la alta sociedad post-porfiriana con aires de cosmopolitismo. Hoy presentamos estas crónicas urbanas para mostrar la mirada de un sector completamente distinto: los jóvenes. Los autores y las autoras aquí recopilados provienen de diversas formaciones, viven en distintos lugares de Tijuana y tienen variados intereses, por lo que buscar relaciones entre ellos puede parecer ocioso. Pero es de notar que, pese al balance entre crónicas diurnas y nocturnas (así como entre autores y autoras), la mayoría de los relatos se ubican en el Centro. ¿Arbitrariedad de selección? Muy seguramente, pero para nada coincidencia.

Éstas no son las únicas rutas posibles del itinerario juvenil tijuanense, ni la selección aspira a ser representativa de una ciudad que desborda de significantes tanto como de significados. El motivo de unir a voces en ocasiones tan divergentes, y que en la práctica llegan a tener conflictos entre sí, es demostrar que Tijuana tiene el suficiente material como para abordar una diversidad de acercamientos temáticos y estilísticos, y que la comunicación entre sus partes (por muy antagónicas que parezcan) es posible y, de hecho, acontece discreta y paulatinamente. Sirva, pues, esta recopilación como un llamado a la comunicación entre los artistas de Tijuana.

MEXA

NOCHE

Crónica de una clásica detención

Marco Tulio Castro

De la Sexta a la cárcel

Nunca antes cruzar una calle alcoholizado me había hecho sentir peligro. La idea era salir del Kalimotxtto para ir al Urbano. Eso sólo pasa en la Sexta, pienso, cuando unos chotas salen de “la nada” a levantarme. El ejercicio funcionó: ser detenido por la policía –como pasa todos los fines de semana desde que el *boom* de la Sexta comenzó– no requiere de mucho esfuerzo. Es medianoche y empieza la báscula, el chota hace sus preguntas de rutina y termino en el cajón de la patrulla esposado a alguien más pedo que yo. Se llama Marco y es un mesero que también se atrevió a cruzar una calle del Centro. Los chotas de la 3344 apenas entran en calor y se topan con dos carros estacionados que estorban. Dos grúas ABC en breve los mueven de la Sexta al corralón de la Once. Los empleados de la concesión ríen de alegría. *Nosotros no somos carros, culeros* –les grita Marco–, *ya llévennos con el juez*. Marco habla por Lucía, una rubia *junkie* desdentada; por un loco que se llama Rigoberto; por Jesús, un indigente que trae una cachucha de la campaña de “Kiki Méndez”; por Gilberto, un bato de 35 años que caminaba sin identificación por la Sexta, y por mí. Pero el rol apenas empieza.



Hoy no vas a llegar a tu casa

Nos llevan por la Revolución, por la Coahuila, luego por la Zona Norte y todos sus callejones: de la A a la Z. El que no alcanza a clavarse en negocios o casas termina basculeado por la pareja de chotas. *Culeros, sólo quieren meter más gente para sacar más lana, no entienden que la gente ya no tiene feria*, dice Gilberto. En el camino trepan a otro. Una de la mañana y los chotas llaman a la puerta del juez en la Sección Patrullas. Tiene la luz de la oficina apagada. Tarda minutos en abrir. Atiende a los esposados, y los primeros en pasar somos nosotros. Sólo escucha la narración del policía: *Este señor se le atravesaba a los carros en estado de ebriedad. Lo detuvimos en la Cuarta y Revolución, jefe*. Sin voltear a ver, el juez le dice: *Así no ibas a llegar a tu casa, te vamos a mandar a que descanses y que se te baje lo borracho*. El chota sigue: *A este joven lo detuvimos en la calle Sexta saliendo de un bar. Dice que iba a otro bar, pero iba con una botella en la mano en plena calle*. El juez habla: *¿Y qué dijiste muchacho, mejor me llevo la cheve y me la tomo en mi casa? Pero hoy no vas a llegar a tu casa*. Nos encierran en una celda por demás miada. Los indigentes se quitan los zapatos y se echan en el piso a dormir. Los gritos inútiles del mesero no les incomodan.

El celador encapuchado

Dos de la madrugada. Un cholo con cuello tatuado y grueso como de *pit bull* me recibe. A mi derecha, un tipo con uniforme de la Jersey cuenta a un diler cómo lo agarraron con el churro de mota al salir del jale: *Allá se quedó mi baika, a ver si la puedo recuperar*. Estoy en la celda común de la Estancia Municipal para Infractores. Se prohíbe fumar, pero dos cholos se pegan a la pared, sacan un tabaco y con el humo nieblan las paredes rotuladas. El frajo rola por todas las bocas posibles entre las 50 personas ahí atascadas. Es la antesala a la segunda báscula: un celador enano, güero, con bigote de Nietzsche, grita cada cinco minutos cuatro nombres y de la celda salen como en automático los detenidos. Se encueran frente a la barandilla y una celadora gorda, que toma nota de sus nombres, no deja de verlos. Un policía encapuchado —encapuchado dentro de la cárcel!— hurga las carteras de los detenidos.

Puede solicitar una llamada

Oiga, déjeme hacer una llamada, tengo derecho. ¿Traes monedas morro? Y apunta el bigote güero a un teléfono público afuera de la celda. *Caín Abel Ramírez, Marco Castro, Gilberto González, Jesús Estrada, pásenle para acá*. El bigote se acerca. *Morro, ¿vas a pagar tu fianza? No. ¿Alguien va a venir por ti? No. ¿No tienes a nadie o qué pedo?* Empieza la báscula, Caín Abel, Gilberto y Jesús se encueran, los pendejean y les revisan cada detalle de sus ropas. La celadora gorda me dice que ponga mis cosas en la barandilla. *¿Nada*

más? Pongo mis lentes, dos plumas, credencial, celular y el cinto. Todo lo guarda en una bolsa, pero las plumas las avienta a una caja llena de más plumas. Las saco. Las mete. Las saco. Las mete. *¡Ésas no se guardan! También son mías.* El bigote: *Pueden romper el celular, no se guardan. ¿Cómo van a romper el celular? No mames.* El bigote: *Ya guárdale las pinches plumas, si no va a estar chingando toda la puta noche. Chingada madre, pinche morro.* El chota encapuchado las destapa antes de entrar a la bolsa.



Caldo de frijoles

Minutos atrás, la gorda escribió en el folio 5053. Firma: Marcos Castro. Recibe: Sotelo. Cinto, Nokia negro, gafas. La celda se parece al Ayuntamiento: paredes grises, rejas verdes y hediondo por dentro. Un celador chimuelo abre la C10 y ahí quedamos Jesús, dos hermanos que madrearon en el Adelitas a un empleado de la Dax y yo. Seis planchas de concreto, tres literas por lado y un caño que se usa como baño. El calor del verano me recibe. Jesús, el indigente, se echa en una plancha central y nadie vuelve a saber de él. Los morros cuentan su hazaña las siguientes ocho horas de mi encierro. *Agua... Agua... Agua... ¡Aquí!* Una mano mete por las barras verdes de la celda un vaso de plástico amarillo a medio llenar. Cuatro de la madrugada y el sueño me lleva a la plancha más alta. La loza de cemento menos puerca es la que tiene un vómito seco, así que ahí caigo. Pase de lista, búsqueda de candidatos para la fajina y vuelvo a caer. *Comida... Comida... Comida... ¡Aquí!* Un cocinero más mugroso que el caño que sirve como baño me acerca un vaso de plástico con caldo de frijoles. *¡Esta madre tiene más sal que frijoles!* Grita uno de los carnales peleoneros.

Centro, el hervidero

Antes: el director de la Estancia Municipal de Infractores no me deja mentir: el 80 % de los que caen a la cárcel es gente que tiene de 24 a 30 años. *Son jóvenes que llegan aquí porque andan en la vagancia, para arriba y para abajo*, dice Ernesto López Hernández. Simón, en la “vagancia” como yo cuando caminaba por la Sexta con una botella vacía. De hecho, desde 2007 han entrado 426 343 personas a la estancia, y la mayoría por violar el artículo 49 del bando de policía. ¿Cuántos vienen del centro? El 55 % de los que caen estaban en la Zona Centro. El que tiene el récord de visitas es Davis Sánchez Pérez, un ruco indigente del Centro que ha sido atorado unas 600 veces desde 2007 a la fecha. *Ya le vamos a dar un reconocimiento*, dice el director.

Caminar al trabajo

¡Ting, ting, ting! A ver culeros, ya levántense, van para afuera. Ocho de la mañana y el celador grita, otra vez, nombres. Aunque a Jesús le vale madre, cuando escucha su nombre por tercera vez se levanta como resorte: sabe que va de salida. Sale él y salimos los demás. Entrego mi “recibo de valores”. Me pongo mis lentes, el cinto, guardo el celular, mi credencial y regreso mis plumas a la bolsa de la camisa.

Esto sólo pasa en la Sexta, pienso, cuando camino para ir al trabajo.

Último destino

Jhonnatan Curiel

Son las diez de la noche de un sábado tijuano cualquiera. El impulso noctámbulo y la espontánea necesidad de calle hacen que uno se levante, se vista, tome su dinero y esté listo en unos cuantos minutos. Sale uno de su casa a prisa con la leyenda negra a cuestas, la certidumbre de los asaltos y las ejecuciones, los borrachos violentos de la noche. Todo se niega en la incredulidad de que nada puede pasarnos a nosotros, hemos salido a divertirnos; bajo este riesgo es necesario el autoconsuelo para seguir adelante, ya que si no, la calle persigue a paranoicos y los encuentra siempre.

Ya encaminado, pareciera que el alumbrado público parpadea sus últimos esfuerzos. Las banquetas vacías, el ladrido de los perros haciendo eco en el barrio. Tanta soledad hace caminar más aprisa hasta llegar a la avenida principal donde se espera de cinco a quince minutos y ya está uno en el taxi azul y blanco ruta Altamira-Villa; *Síbale todavía hay espacio, buenas noches*. Se comparte el transporte en una Ford Aerostar con otras seis personas tan anónimas como uno. Nadie habla en el camino. El taxi a oscuras luce como si llevara puras sombras a su destino. Adentro somos los pasajeros sombra.

El chofer, Caronte urbano, escucha una estación cristiana mientras maneja. El locutor habla de la vida y los sacrificios justo cuando uno de los pasajeros solicita bajarse en la siguiente esquina (una ausencia más, una sombra menos); *Se cobra ahí en el alto. ¿Ahí en el alto? Sí, gracias que le vaya bien*. La radio sigue, el camino también. Todo se pierde en la velocidad. Las cuadras se consumen rápido. Los narcos vienen y las patrullas van, indiferentes. La parada final del taxi está cercana. Sonido de monedas, movimientos, semáforo, cuadra, semáforo, vuelta. Los pasajeros sombra nos preparamos a bajar y luego el *¿Cuánto es? Diez pesitos por favor* nos libera entre las calles sucias y los establecimientos cerrados; excepto las farmacias, desde luego, su servicio las 24 horas es un recordatorio de que, aún de madrugada, la ciudad sigue enferma. Algunos dan las gracias al chofer, otros se alejan silenciosos. No es necesario mirar el atrofiado letrero de la calle para saber que se ha llegado al primer destino.

Zona Centro, Constitución entre Tercera y Cuarta, poca gente, mucha noche y se camina. Se debe seguir por la Constitución y cruzar la calle Tercera, donde los puestos de tacos varios son el delirio de la higiene y los olores de guisos acaparan el olfato. Se ha de volver aquí cuando termine la noche, pero ésta apenas comienza, así que nada más escuchamos el *Me da otro de chile relleno, por favor; Sí, como no, ahí le va el de bisté ranchero* acompañado de los charolazos y el vapor sube hasta desvanecerse como un fantasma oloroso.

Ya en la calle segunda, una señora *homeless* ha improvisado su casa a lo largo de la banqueta. Con su peinado de chongo y la piel maltratada de tanto dormir en las banquetas dice *Dame un peso* de manera exigente mientras estira la mano y su petición, como siempre, resulta en vano. Se debe seguir y atravesar la calle Primera bajo la mirada de los policías tranza y donde la prostituta dueña de la esquina negocia el *Cuánto cobras miya* con un vaquerillo chaparro, borracho y para colmo ansioso. Sólo unos cuantos pasos más y hay que detenerse al borde del escalón. No hace falta reflexionar sobre la necesidad inconciente de calor uterino para saber que se ha llegado al segundo destino.

Bar Zacazonapan, antes llamado El Gusanito o “la embajada de Ámsterdam”. Prólogo a la Zona Norte de Tijuana. Lugar caliente y suavemente peligroso para los que no conocen las mañas. Hoyo poco profundo pero a final de cuentas hoyo. Hay que mostrar la credencial por mero protocolo y el *junkie*-guardia que custodia la entrada con desgano le dice a uno que pase. Se bajan los escalones como si se entrara a un sótano y en la rockola suena el *Take it! Take another little piece of my heart now, baby!* de Janis Joplin. Rápidamente uno es recibido por el *junkie*-mesero haciendo la pregunta de qué se beberá esa noche. Se le responde que cualquier cerveza está bien, pues a final de cuentas es cerveza, luego él junta los dedos índice y pulgar para acercarlos a su boca preguntando si uno está interesado en lo que su ademán indica (su cara indiferente, los brazos



picados). Se le responde con otro ademán para decirle que después; a menos que la necesidad requiera algo más intenso, la variedad es lo que sobra aquí, el *Tú nomás pide* me lo confirma seguro.

En la rockola sigue el *You know you got it if it makes you feel good* de Janis, la hermosa Janis. El panorama frente a uno es una imagen de creciente calor, se respira el olor a Cloralex y Fabuloso mezclados con la variedad de humos que levitan por el bar, amargoso perfume impregnado entre la ropa; ventiladores industriales dinamizan el apeste a detergentes, marihuana y sintéticos recién salidos de los pulmones. El lugar medio vacío, aproximadamente 35 personas que platican sentados en sus mesas, luces tenues a los extremos, tan opacas como los que platican bajo ellas.

En las paredes los cuadros proyectan los encontronazos de épocas. El *collage* de estrellas se desarrolla consecutivo: Bob Marley fumándose un gallo del



tamaño de su dedo meñique, los Doors posando en la clásica foto del desierto, Marilyn Monroe desnuda, Janis Joplin arriba de un carro tan psicodélico como ella, *Oh, oh, break it! Break another little bit of my heart, now Darling*, en fin. El anacronismo del tiempo plasmado en las paredes mientras la gente circula, los *junkies*-clientes pasan y se dirigen al baño. Hay miradas que te buscan para medirte con los ojos, otras que, sin darte cuenta, te han encontrado desde que llegaste.

Al frente, en medio de todo, la barra brilla y su luz se diferencia de las otras. La silueta del cantinero Panchito se mueve de un lado a otro atendiendo a los clientes mientras el *junkie*-intendente se encarga de llevar las cajas de caguanas vacías al fondo del bar. En la rockola los Beatles comienzan su *Let me take*

you down 'cause I'm going to strawberry fields al tiempo que es entregada la cerveza por el *junkie*-mesero. Uno se sirve la cerveza como profesional sin hacer espuma ni nada y a estas alturas no se sabe si esto es un logro o en realidad un verdadero fracaso. Hay que decirse salud a uno mismo y beber el primer trago de la noche. Son las once ya, dentro de poco se fundirán algunos en un perderse alcoholizado. Ahora es momento de llamar al *junkie*-mesero y con el guiño del ojo él sabe con certeza lo que se solicita.

Cae el segundo trago de la noche, el alcohol de la cerveza sabe a un amargo descanso. El fin de semana se siente como la suave tregua del hastío. Desde el fondo del bar se ve venir al *junkie*-mesero que ya ha dejado de ser un *junkie* pues se le mira de otra manera, es el mesero amigo, una sombra más clara entre todas las sombras. Hay que tomar el encargo, pagar y dar las gracias sin decir una palabra. El *Nothing is real* de los Beatles marca el momento indicado para encenderlo; dejarse llevar por las respiraciones, cálidas, entrecortadas, profundas.

Es una noche de un sábado tijuanero cualquiera, la gente comienza a llegar. Los turistas entran seguidos de algunos recién deportados y atrás de ellos un grupo de adolescentes ansiosos de caras ávidas. Todos vienen a lo mismo, a divertirse o anesthesiarse bajo el estímulo de saber que aquí se puede conectar lo que sea, sin temor de que la policía se entrometa. Al fondo del bar, junto a los baños, las luces están apagadas a propósito, en los rincones se distinguen las llamas de los encendedores bajo las pipas para el *ice* o *kristal* y pequeños puntos de luz hacen que los cigarrillos parezcan torpes luciérnagas en las tinieblas. Desde mi asiento veo las caras iluminadas con los ojos cerrados inhalando. *Living is easy with eyes closed* dicen los Beatles. No hace falta recordarles en qué lugar se encuentran para que sepan, como yo, que han arribado a su último destino.

No era mi muerte

Yohanna Jaramillo

Sí, como siempre empiezan las historias: *Ya nos íbamos*. Y así empezó esto. Nueve con veinte de la noche, lugar el Zacaz, les cuento mi visión solamente.

Pelea en la barra, me extraña, porque en ese lugar no había visto peleas, me llama la atención y observo la riña, tratan de sujetar a alguien, le ponen su rostro sobre la barra y en eso veo que uno de ellos, el de sudadera color naranja trae un arma, en seguida volteo con mis amigas y les digo: *El tipo trae un arma, no manches hay que irnos*.

Momento siguiente se llevan a un hombre (el hijo de Panchito).

Las personas saben que se han llevado al hijo del dueño, yo digo: *Fuga*, mis amigas dicen: *Ya pasó, una cerveza y nos vamos*, a lo que accedo como jamás. No pasaron ni cuatro minutos cuando otra vez los tipos bajan y gritan: *Nadie se mueva, quédense en sus lugares y saquen la mota cabrones. Si alguien trae mota vayan sacándola. Uno a uno irá pasando allá atrás con su credencial en mano. Puta, dije, no traigo ID, ya valí gorro*. En eso traen al hijo de Pancho, lo sientan en las escaleras, trae su camisa blanca sobre su rostro, a la altura de su nariz y ojos, llena de sangre, sientan al otro mesero tras él. Fue ahí cuando no entendí qué estaba pasando. ¿Por qué nos ponían al tipo ahí para verlo, por qué llegaron vestidos de civiles, por qué no se identificaron?

En la mesa de enfrente un muchacho solo empieza a cantar: *Todo se derrumbó, dentro de mí, dentro de mí*, a lo que las personas le siguen en coro, en eso el que nos cuidaba del lado izquierdo sale con unas batacas y las golpea contra el muro de en medio del bar y los calla.

Yo pensé que nos iba a cargar la chingada, me miraba siendo noticia de jóvenes muertos por comando armado en un bar de la Zona Centro de la ciudad, vinculándonos seguro con el Narco. Empecé a temblar, la gente de mi mesa a desesperarse, una compañera quería ir al baño, empezaron los cantos de nuevo, el hijo de Panchito ahí sentado sangrando con sus ojos cubiertos con un guardia que tenía una gorra *coach* pirata. Y en eso, los gritos de una mujer histérica, preguntando por qué le estaban haciendo eso a su hijo. Los gritos se escuchan más fuerte, ya se escuchan sirenas afuera y en eso volteo con Mavi y le digo: *No te preocupes, así no nos vamos a morir, esta no es mi muerte*.

El señor que vende caramelos con miedo en la mirada, una muchacha (valiente o inmadura) se levantó a comprarle unas paletas, yo la vi y le dije, *Ya no te pares por favor*. Me inquietaba mucho que la gente ésta se pusiera nerviosa y empezaran los disparos.

En eso una voz: *Salgan todos ya. Rápido*.



Nos salimos en seguida, muchas patrullas, gente corría. Yo no entendí jamás que pasó. Y qué derecho existe para privar a alguien así de su libertad. La imagen del muchacho sentado no se borra ni de mi mente ni de esta página. Pero tampoco me sembraron el terror que pensaron darnos la noche de ayer.

Tijuana es nuestra.

DÍA

Los tacos de la Negrete

Juan Alberto Apodaca

Domingo, diez treinta de la mañana y yo tan crudo como la tilapia mosqueada del mercado sobreruedas de la colonia Libertad. Ya ni recuerdo cómo llegué anoche a mi casa. ¡Ah sí! Ahí está estacionado mi carro, eso quiere decir que manejé hasta aquí, lo bueno que no pasó nada grave, que yo recuerde. ¡Ay wey! Necesito comer algo para curarme esta resaca, me voy a poner lo mismo que traía ayer, aunque apesta a cigarro, bueno, dejémoslo en que tiene un sutil olor a humo. Así me lo pondré, al rato me baño. Ahora tengo que encontrar mis llaves, deben estar en la barra de la cocina; sí, ahí están.

¿Qué comeré? Ya sé, voy a Los tacos de la Negrete, no sé ni como se llama la carreta, si es que tiene nombre, pero eso es lo que menos importa, los tacos de camarón están bien reportados. Maldición, está haciendo bastante sol y yo con dolor de cabeza. ¿Qué hora es? Ya las once y quince. Se me ocurre salir en pleno mediodía pero todo sea por unos tacos de camarón y su respectiva agua de jamaica.

Salgo del callejón, manejo por la Miguel Anzures hasta donde topa la calle para bajar a la Zona Río. Llego al Cecut, doy vuelta a la derecha para llegar al Centro por la calle Tercera. Sólo dos calles después del puente de la Línea está la Negrete, justo donde se asoma el señalamiento que reza: *Mercado de Artesanías*. Doy vuelta a la derecha y me estaciono justo afuera de la entrada de una bodega que, afortunadamente, se encuentra cerrada porque hoy es domingo.

Al bajarme del auto, lo primero que huelo es el drenaje que se encuentra abierto justo a un lado de los tacos. Poco a poco se va disipando el hedor para dar lugar a aquel exquisito halo de mariscos en aceite. Me acerco a la carreta y el taquero, de bigote y con cierto aire de sinaloense por su manera de hablar, me pregunta: *¿Qué le damos joven? Hay de camarón, pescado, marlin y campechanos*. A lo que respondo sin titubear: *Dos de camarón con todo*, él dice: *¿Juntos o divorciados?* A lo que sólo me resta completar: *Juntos*.

Es una carreta normal de tacos callejeros, sin sillas o banquitos para que el comensal deguste sentado los deliciosos tacos o caldos. Pues como no hay de otra, todos estamos de pie pero eso no tiene la menor importancia. En la barrita de la carreta hay limones, dos tipos de salsa, una en molcajete y otra en un recipiente que sólo basta apretar para recibir el picante, que en lo personal es el que más me gusta. También hay servilletas, sal y a un costado podemos utilizar un destapador que se encuentra colgado y amarrado a una agujeta percutida, para evitar a aquellos que acostumbran llevarse recuerdos de los lugares que visitan. Detrás de la carreta hay cuatro personas: dos taqueros; un joven que se encarga de la caja y al mismo tiempo trata de evitar el aliento de dragón de los que ya terminaron

de comer, obsequiándoles dulces de menta de la reconocida marca Usher; otro joven que cuece los pedazos de pescado y camarón previamente sancochados con huevo, en una olla lo bastante grande que contiene aceite hirviendo y que un solo hervor es suficiente para que ambos mariscos salgan del aceite lo suficientemente fríos para llevarlos al estómago sin pena alguna.

Desde el punto de vista de uno, como cliente, se puede ver al lado izquierdo de la carreta a otro muchacho que hace de comodín, ya que tiene distintas funciones, entre las cuales están la de preparar los tacos doraditos de marlin con queso, así como servir el agua fresca de jamaica que rojea a su lado derecho dentro de una olla de cristal transparente medio tapada con un plato azul y la cuchara cóncava en su interior especial para ese tipo de menesteres. Además de lo anterior, el comodín también acarrea los ingredientes faltantes en la carreta desde la cocina o extensión de nuestro “establecimiento”.

Están instalados justo en la banqueta de lo que fue, o al menos eso parece, una casa, de la que ahora las repisas de sus ventanas son utilizadas para colocar los dos tipos de salsa, limones, sal y servilletas. En el interior de la antigua supuesta casa, ahora convertida en una especie de cocina y bodega, se disponen los ingredientes a utilizar en la preparación de todo lo que se sirve en Los tacos de la Negrete. Ahí, se pican tanto el tomate, la cebolla y el chile serrano, que se utilizan para hacer la conocida como salsa bandera, o en otras latitudes como pico de gallo; de ese cuarto oscuro salen como por arte de magia las cazuelas repletas de pescado o camarón ya preparados con harina y huevo



con destino directo al aceite hirviendo; el repollo picado, las cajas de sodas, la mayonesa rebajada que para algunos la pega como crema, así como los limones partidos en cuatro, las servilletas, las salsas, y cualquier cosa que haga falta seguramente saldrá de la bodega-cocina, porque todo lo piden de ahí con un grito: *¡Se acabó el pescado!* *¡Ya no hay limones!* *¡Traigan sodas!* *¡Más camarón!* E inmediatamente aparece alguien con mandil que acarrea lo pedido de una sola voz al aire.

Aunque están en una zona poco frecuentada por gente de clase media-alta o alta de la ciudad, llegan autos en los que sus tripulantes ni se bajan, sólo envían a un emisario para que compre unos quince tacos para llevar o, los menos fijados, se los comen dentro del auto para no codearse con la chusma y mucho menos permanecer algunos minutos de pie. En el punto exacto donde se sirven los mejores tacos de camarón (a mi punto de vista) de la Zona Centro de Tijuana, convergen vagabundos que piden dinero para un taco que ahí mismo se comen,



peatones hambrientos que al pasar les llama la atención la nutrida afluencia de gente y piden un taco para ver a qué saben, automóviles que van única y exclusivamente a la calle Negrete casi esquina con Tercera sólo para degustar unos tacos de marlin, fiesteros que buscan curarse la cruda después de una noche de socialización con dos tacos de camarón bañados en salsa de la botella y un agua de jamaica con mucho hielo, y agentes de la policía, hombres y mujeres, que en lugar de multar a los comensales estacionados en doble fila que están a la mitad de su caldo de mariscos, se limitan a pedir dos tacos de camarón divorciados, uno para el primero que llega y el otro para el pareja, que olvida el reglamento de tránsito para comerse un buen taco con una coca cola bien fría, que saca de la hielera blanca que está situada al lado derecho de la carreta, justo a la disposición del cliente para que escoja el refresco de su preferencia.

Una vez que hago mi pedido, el taquero sinaloense toma dos tortillas

en su mano izquierda, con la derecha sostiene una pinza de cocina con la que hurga en los camarones ya freídos para escoger cuatro piezas que encajen dentro de las tortillas; una vez escogidos los trozos ideales del langostino, dirige la pinza hacia el recipiente que contiene el repollo para colocar un poco en cada bocado, acto seguido la pinza es encaminada hacia la salsa bandera, toma una porción del mencionado condimento en una sola emisión para agregar al respectivo taco. En eso, deja el utensilio sobre la mezcla de tomate, cebolla y chile serrano para tomar la cuchara postrada en la bandeja llena de mayonesa rebajada y, de esta manera, pintar el interior del taco de un tono blancuzco con la sustancia que ni es crema ni mayonesa, pero que le imprime un toque especial al platillo. Después de esos sencillos pasos, el taquero se dirige hacia mí para decirme: *Servido, joven.*

Tomo el plato, las tortillas están rebosantes de camarón pintado de blanco con trozos de pico de gallo y repollo a la espera de los demás ingredientes. Agarro el botecito con sal y rocío al langostino con unos cuantos cristales; ahora lo más importante de todo es la salsa roja embotellada, que con una previa activación de las glándulas salivales que por poco aparece una demostración de entre los labios, presiono la botella y sale el jugo espeso acompañado de semillas de chile que aterrizan en la parte superior del taco para cubrir lo blanco con un color rojo oscuro. El toque final, y no menos importante, son las gotas de limón que exprimo desde un pequeño triángulo verde. Intento cerrar el taco sin lograrlo, logro darle una mordida abriendo mi boca lo máximo posible y sólo pruebo un trozo de camarón con salsa; en el segundo intento, logro morder el taco en su plenitud, mis glándulas salivales se activan completamente degustando la combinación de marisco enchilado con un toque de verduras agrias, cubiertas con tortillas de maíz calientitas.

Después de repetir la misma operación por unas veinte ocasiones, me dirijo a pedir una ración de agua de jamaica, me la sirven en un vaso blanco de foam, o hielo seco, con un enorme trozo de hielo que sobresale al tope del recipiente. Como tengo una tenaz necesidad de ingerir una bebida fría, de un sorbo me embullo toda el agua colorada, pero me llevo el vaso para degustar el hielo que por lo menos me tomará una media hora en lograrlo.

Me acerco al joven que hace las veces de cajero, me cobra, me regresa el sobrante de mi billete de cien pesos, y junto con la morralla me da un par de paquetes de pastillas de menta Usher. Es el broche de oro después de unos buenos tacos de la Negrete. Me subo a mi auto, veo que ya es la una de la tarde, el termómetro está a unos veintiocho grados centígrados, comienzo a sudar y recuerdo no me he bañado porque el olor me refresca la memoria. Ya comí, el dolor de cabeza cesó, ahora tengo que dormir otro rato para, si me dan ganas, darme una ducha y volverme a dormir porque mañana comienza, de nuevo, la rutina de la vida diaria.

Intransigencia en el Bordo

Nancy Bonilla

*Todas las distancias, en el tiempo y en el espacio, se encogen.
La Cosa, Martin Heidegger*

Es sabido por todos los que me conocen que esas cosas del orden, espacio y tiempo, nunca las he entendido, que me hacen pensar en cosas raras, nada pornográficas y a la vez llenas de pornografía, entendamos porno como lo que ha sido develado, la porno como verdad, igual de negativas como en la antigua Grecia, ¿recuerdan los videos donde se ve todo eso que el *kitsch* pretende ocultar? (Entendamos el *kitsch* como lo entiende Milan Kundera.) Si recuerdan, éstos donde una joven es golpeada, cercenada, violada, cuya cabeza es destrozada con una roca por un pequeño y simple grupo de hombres que en suma eran 50 sin contar a todos lo que tomaban fotos y gracias a los que estuvieron grabando tenemos ese registro. ¿Cuál era el crimen en esa ocasión, ser mujer? ¿Estar en el lugar incorrecto? ¿Ser musulmana? Dudo que el crimen en realidad es de otros pero ni hablar de ello. Hoy recordamos otro video uno que nos duele por su cercanía y también por su cotidianidad, ese donde Anastasio Hernández gritaba, como muchos hombres lo han hecho a lo largo de la frontera, en ambas fronteras; por su vida, para que los golpes y las descargas cesaran de ser recibidas por parte de agentes de migración... su delito: como el de muchos, la pobreza que obliga a cambiar de lugar para irte allá, lejos de tu tierra nativa a un lugar donde la vida está difícil.

Todo esto empezó para culminar de la manera en que culminó, para ser lo que fue. Así como suceden las cosas, como las catarsis llegan y se apoderan de uno, cuando el plan original cambia de manera que cada engrane gire y disloque al mundo, sólo para recordarle que puede y debe ser un mejor lugar para vivir.

La cita era a la una de la tarde, lugar El grafógrafo, actividad a realizar la manta que resumiría nuestros deseos de esa tarde, en la frase iría una oración, algún verso, de las propuestas se escogió ésta:

[...] quisiera descansar, para acordarme
de los difuntos.

Éstos son unos versos del poema “Los Titanes” (*Die Titanen*) escrito por Friedrich Hölderlin.

Así lucía la manta con estas palabras que dicen nada y lo decían todo:



Y esas caras de felicidad, esas sonrisas, sólo podían anunciar que estábamos listos para la intransigencia, para demostrar que “La Palabra es el Espejo de la Acción”, para intervenir la Línea.

Caminamos por el Pasaje Rodríguez, por la avenida Revolución las personas leían impactadas y los flujos internos empezaban a ebullición y a hervir nuestras pasiones. Caminábamos en dirección a la línea, íbamos a la Garita de San Ysidro cuando Jhonnatan Curiel gritó: *Esta manta es por Anastasio y todos los migrantes muertos a golpes*; a nuestro paso, se sintió el deseo de aplaudir pero no era un aplauso a nosotros, era la única forma en que algunos tenían para unirse a ese sentimiento del cual ya eran parte, de ese sentimiento ineludible e inagotable de identificación con el rechazo de la injusticia. Pues una cosa es ser pobre y otra muy distinta ser tratado como animal por bestias. Nos acompañaron unos chicos durante un tiempo, se entienden sus motivos porque todos conocemos lo que es el miedo, la diferencia es que ahora le hacemos frente, lo vemos a los ojos y traspiramos la energía que nos permita poseerlo para que sea una más de nuestras fortalezas, tanto como individuos como colectividad. Caminábamos y si alguien preguntaba dábamos respuesta, caminábamos y emulábamos los gritos de dolor de Anastasio, los mismos que fueron grabados y recorrieron los monitores a lo largo de esta República Mexicana que pronto celebrará 200 años de independencia, celebrará un Bicentenario donde sus habitantes no han tenido que salir lejos a buscar el pan porque lo encuentran cerca de su casa, celebramos dos siglos de mentiras y

mentiras, porque los momentos felices han sido muy pocos, recordemos a Blanchot. Subimos los puentes, ahí extendimos la manta, los conductores la veían, los peatones la veían, fuimos al otro puente, a que nos escucharan/vieran los peatones, a meternos a la Línea a llegar lo más lejos que podíamos, a gritarle en la cara a ese cacho de tierra que ni es México ni es EUA, a ese limbo donde mueren, asesinan y torturan a personas y nadie hace nada, ni acá ni allá, a ese lugar fuimos a preguntar de qué servían esa estructura, esos barrotes, esos perros, cuántas muertes más estaba dispuesto a cubrir, solapar, a dejar sin castigo, cuántos y hasta cuándo.

Algunos nos miraban incrédulos, otros quizá esperaban con la mano en la pistola, vieja costumbre de (in)“seguridad”, otros con la esperanza de más acciones, otros que las palabras tocaron su conciencia y sintieron ganas de llorar, pero todos estaban atentos en esta intervención llena de intransigencia titulada *Anastasio catarsis*.

Al final regresamos pero no por donde venimos, por otro lado, lo cual significa que ni un sólo paso atrás se dio. Gracias Canek, Crystal, Ivonne, Mavi, Jhonnatan, a los que nos escucharon, a los que aún tienen fe.

Para acceder a la conciencia no se necesita visa.

La frontera está en tu mente.

No es el lenguaje lo que nos detiene.



Ay, hija, tan joven y tan demacrada

Melina Amao

La conocí en el 2008 y ya no era ella ninguna muchachita. Cumplía apenas 19 años, sí, pero la vida le había dado un aspecto como si tuviera 80. En ese tiempo era yo editora cultural de un periódico de mediana reputación y por ello la historia llegaba a tocar mi puerta sin necesidad de que moviera un dedo. Así fue que conocí a su creador, el enamorado que la edificó en la colonia Aeropuerto. Fue un encuentro raro, pensaría que azaroso porque el tipo no quería hablar conmigo sino con quien cubriera la información de cultura, quien quiera que fuera el encargado.

Andaba (como de costumbre por esos años) muy atareada por cumplir mi cuota de notas para la sección cultural (misma que en el 2009 cerraron los altos mandos del diario bajo el argumento de que la cultura no vende, bola de ignorantes, y después –como sobrante que fui– me corrieron). En ese tiempo cualquier visitante sorpresa que llegara a la redacción era prontamente despachado por mí con la arrogante explicación de que tenían que hacer cita (o sea: mi tiempo es mío, no de cualquier ocurrente con ánimos de fama).

Una tarde así llegó Armando Muñoz García, quien se presentó como arquitecto, escultor y artista. Empezó diciéndome: *Mire, traigo un proyecto, ando buscando fondos para restaurar una escultura muy representativa de Tijuana que hice en 1989, a lo mejor la ha visto, es una mujer blanca. ¿Qué? ¿En serio? ¿Es usted el autor?* Claro que conocía a la mujer blanca, así nada más de lejitos pero sin duda sabía quién era, y sabía también de su trascendencia en el accidentado paisaje urbano.

De inmediato cambié la actitud pedante por la de auténtica fan y lo pasé a mi oficina. Allí estuvimos hablando de la famosa fémica de concreto, aunque Armando lo que quería era llevarme a ella, explorarla de cerquitas, platicar desde sus entrañas. Acepté. *Maestro, déjeme acabar mi jornada y lo alcanzo allá para poder charlar sin prisas.* Aceptó. Una hora después ya nos encontrábamos en el lugar mi novio y yo, él en calidad de fotógrafo.

No fue sencillo llegar porque la colonia Aeropuerto; igual que muchas de Tijuana, no tiene sus calles trazadas como una cuadrícula, sino que van adquiriendo forma según los cerros mutilados. Por suerte mi bato tiene buen sentido de orientación en las disformes avenidas de la ciudad y al segundo intento dimos con la casa. Armando nos recibió.

La primera vista que uno tiene de la mujer es de sus nalgas, las cuales vienen quedando como en el tercer piso de una construcción común. Era realmente impresionante encontrarse ante semejante monumento, y lo digo en dos sentidos: monumento como sinónimo de escultura y monumento como le puede



decir a una mamacita cualquier ojo-alegre. *Fiu fiu.*

Platicando con el autor por fin supe de la intimidad de la mujer, a la que muchos llaman “La mona”. Su nombre real es Tijuana Tercer Milenio, su acta de nacimiento dice que vio la luz en 1989, año en que Tijuana celebraba su centenario como ciudad y año también en que los panistas ganaron la primera gubernatura en México (¿gracias? al sandieguino/ensenadense Ernesto Ruffo Appel que triunfó en Baja California).

¡Pero qué curvas, qué nalgas, qué chichis! Pensaba pasmada desde abajo, muy debajo de ella, toda una gigante. *¿Y quién es? ¿Una ex novia? ¿Una amante? ¿Una puta? ¿Producto de la imaginación de Armando?* Quise preguntarle todo eso, mas el arquitecto/escultor/artista prefirió hablar de la falta de presupuesto para restaurarla, conmovirme para lograr a través de un reportaje mío conmovier a los inmovibles funcionarios, y ver si éstos destinaban algo (lo que fuera) para evitar su inminente derrumbe.

La pobre lucía toda carcomida. Mide 17 metros de altura y ha sido visitada por extranjeros (de éste y otros continentes) dada su fama de mujer/casa/

monumento. Armando fue su huésped por algunos años, un verdadero loco con iniciativa. Vivió en ella cuando era de inmaculada blancura. La recámara, pequeña pero habitable, se ubica en los senos. En el torso, la cocina; y en las nalgas (¿ironía?) está el baño. O estaba. La mona sigue en pie (pero literalmente en un pie porque el otro está casi derruido) y ya no puede cumplir la función de resguardo, no en estas condiciones.

Entré a auscultarle los adentros. No fue fácil circular en ella porque los espacios entre una habitación y otra son francamente diminutos, y frágiles dada la falta de mantenimiento. Pero logré un avistamiento hermoso cuando llegué a la alcoba. Resulta que entre los senos hay un balconcito (o vestigios de él), lo que permite que uno al asomarse se sienta como un Goliat transexual, porque al mirar en picada se aprecian las delicadas piernas de ella como si fueran propias. También desde esa vista es posible sentirse toda una Tetanic, con esas enormes y tiasas tetas enmarcando el paisaje. ¿Y el paisaje? Caos, pobreza y suciedad. La mona está casi en un basurero.

Por fin pregunté *¿Y hubo modelo?* Afirmativa respuesta. Armando solía trabajar el desnudo con base en sus encuentros carnales (artista al fin), sin embargo las curvaturas deseadas para este molde debían encajar en específica sabrosura, casi como los cuerpos de las rumberas de la Época de Oro. Entonces se lanzó a una cacería por los congales de Tijuana (menuda tarea) hasta dar con la volup-



tuosa desnudista de sus sueños (y pronto de sus realidades).

Al día siguiente de conocerla (y un poco de enamorarme) hice una gran nota que –como era de esperarse– provocó poca cosa en los repartidores de presupuestos. Y así han pasado los años: olvidada por quienes podrían salvarla.

La mujer es considerada uno de los símbolos de la ciudad desde su creación y fue incluso orgullo de los panistas tras inaugurarla Ruffo Appel, pero (¡claro!) pronto se vio relegada por él y los subsecuentes gobernadores, todos emanados del mismo partido. Digamos que representa el deterioro de un régimen, o bien, lo que a este sistema le ha importado la cultura. Y eso que “La mona” levanta su puño derecho.

Hoy aún sobrevive entre escombros, ropa tendida, contaminación, llantos infantiles, sonidos carreteros y turbinas de aviones: vendada, rota, sucia, hueca, pobre, alegórica, decolorada, con pseudónimos y desmemorias.

Eso sí, aún la agarran de símbolo para los montajes gubernamentales: en este 2010 el ayuntamiento hizo entrega de 22 reconocimientos a personajes que supuestamente han aportado gran cosa a la ciudad y el honor lo hicieron con una presea en forma de esta mona, a la que siguen prostituyendo. Entre los galardonados: una golfista, varios empresarios (o sus esposas y sus viudas), fresas altruistas de la psique, publrrelacionistas y doñas-golpe-de-pecho pertenecientes a la Liga de la Decencia (¡háganme el favor!). Me imagino que todos se vanaglorian del distintivo en sus casas u oficinas, pero ¿sabrán que exhiben el cuerpo a escala de alguna anónima teibolera?

Índice

NOCHE

Crónica de una clásica detención Marco Tulio Castro	8
Último destino Jhonnatan Curiel	12
No era mi muerte Yohanna Jaramillo	16

DÍA

Los tacos de la Negrete Juan Alberto Apodaca	20
Intransigencia en el bordo Nancy Bonilla	24
<i>Ay, hija, tan joven y tan demacrada</i> Melina Amao	27

Esta obra se completó en
diciembre de 2010, en Playas de
Tijuana. Se utilizaron tipografías
Garamond Pro 11, 13, 15 y 17 y
Charlemagne 16, 20 y 30.

